



LECTIO DIVINA

II semana de cuaresma
Del 25 de febrero al 02 de marzo de 2024



**“Subid conmigo a la montaña
para aprender a escuchar”**

Oración introductoria

Señor Jesús, te ofrezco este tiempo de oración, ilumíname, guíame, y envía tu Santo Espíritu sobre mí. Yo creo, te adoro, te espero y te amo.

Petición

Dios Padre, ayúdame a escuchar siempre a la voz de tu Hijo.

Lectura del libro del Génesis (Gen. 22, 1-2. 9-13. 15-18)

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!» Él respondió: «Aquí estoy». Dios le dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré» Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!» Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo: - «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberle reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las

naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz».

Salmo (Sal 115, 10 y 15. 16-17. 18-19)

Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.

Tenía fe, aun cuando dije: «¡Qué desgraciado soy!» Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. R.

Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. R.

Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 8, 31b-34)

Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios, el que justifica ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios, y que además intercede por nosotros?

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 9, 2-10)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron

Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban del monte, les ordenó que contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado, y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

Anastasio de Sinaí (c. 700)

monje

Homilía en la fiesta de la Transfiguración (trad. breviario 06/08)

"Se preguntaban entre ellos lo que quería decir:
«resucitar de los muertos» "

Sobre el monte Tabor, Jesús les mostró a sus discípulos una manifestación maravillosa y divina, como una imagen prefigurativa del Reino de los cielos. Exactamente es como si les dijera: "Para que la espera no engendre en vosotros incredulidad, desde ahora, inmediatamente y verdaderamente os digo que entre los que están aquí hay algunos que no conocerán la muerte, antes de haber visto al Hijo del hombre venir en la gloria de su padre" (Mt 16,28). (...)

Tales son las maravillas divinas de esta fiesta. (...) Ya que es al mismo tiempo la muerte y la fiesta de Cristo lo que nos reúne. Con el fin de penetrar en estos misterios con los que han sido escogidos entre los discípulos, escuchemos la voz divina y santa que, como desde lo alto (...), nos convoca de modo urgente: "Venid, gritad hacia la

montaña del Señor, al día del Señor, hacia el lugar del Señor y en la casa de vuestro Dios". Escuchemos, con el fin de que iluminados por esta visión, transformados, transportados (...), invoquemos esta luz diciendo: "Qué temible es este lugar; es nada menos que la casa de Dios y la puerta del cielo" (Gn 28,17).

Es pues hacia la montaña donde hay que apresurarse, como lo hizo Jesús que, allí como en el cielo, es nuestro guía y nuestro precursor. Con él brillaremos con mirada espiritual, seremos renovados y divinizados en la esencia de nuestra alma; configurados a su imagen, como él, seremos transfigurados - divinizados para siempre y transportados a las alturas. (...)

Acudamos pues, con confianza y alegría, y penetremos en la nube, como Moisés y Elías, como Santiago y Juan. Como Pedro, sé llevado a esta contemplación y esta manifestación divina, sé transformado magníficamente, transportado fuera del mundo, por encima de esta tierra. Deja aquí la carne, deja la creación y vuélvete hacia el Creador al que Pedro mismo decía, arrebatado: "¡Señor, qué bien se está aquí!" Sí, Pedro, es verdaderamente bueno estar aquí con Jesús, y estar aquí para siempre.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús había comenzado a hablarles sobre el sufrimiento, la muerte y la resurrección que le esperaba, pero no podían aceptar esa perspectiva. Por eso, al llegar a la cima del monte, Jesús se sumergió en la oración y se transfiguró ante los tres discípulos: “su rostro -dice el Evangelio- se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”. A través del maravilloso evento de la Transfiguración, los tres discípulos están llamados a reconocer en Jesús al Hijo de Dios resplandeciente de gloria. De este modo avanzan en el conocimiento de su Maestro, dándose cuenta de que el aspecto

humano no expresa toda su realidad; a sus ojos se revela la dimensión sobrenatural y divina de Jesús. Y desde arriba resuena una voz que dice: “Este es mi Hijo amado [...]. Escuchadle”. Es el Padre celestial quien confirma la “investidura” - llamémosla así- de Jesús ya hecha el día de su bautismo en el Jordán e invita a los discípulos a escucharlo y seguirlo. (*Ángelus de S.S. Francisco, 8 de marzo de 2020*).

Meditación

Jesús se transfigura enfrente de nosotros, estamos en su monte santo. Dios ha visitado a su pueblo, y ha tenido misericordia de nosotros. Se presenta en toda su majestad para que nosotros podamos creer en Él. ¿Cuál es mi actitud ante Jesús? Los apóstoles tuvieron miedo y se asustaron.

Ojalá que nosotros nunca nos asustemos ni temamos, pues Jesús viene a llenar nuestro corazón con su gracia. Solo Dios puede colmar de verdad el vacío de nuestro interior, pero si le dejamos actuar dentro de nosotros. Nunca dejemos de maravillarnos de Dios y su presencia constante con nosotros. Dios nos envía como a sus apóstoles después de experimentar su amor.

«Transformados por la presencia de Cristo y del ardor de su palabra, seremos signo concreto del amor vivificante de Dios para todos nuestros hermanos, especialmente para quien sufre, para los que se encuentran en soledad y abandono, para los enfermos y para la multitud de hombres y de mujeres que, en distintas partes del mundo, son humillados por la injusticia, la prepotencia y la violencia.!» Comentó el Papa Francisco en el ángelus del domingo 6 de agosto de 2017.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 26 DE FEBRERO DE 2024

Mirar con misericordia.

Oración introductoria

Dame, Señor, un corazón como el tuyo, que dé sin medidas, que acoja a nuestros hermanos, que comprenda y no juzgue, para recordarme que Tú das sin medidas, acoges a todos tus hijos y no juzgas a nadie.

Petición

Jesús, hazme crecer en la misericordia, la magnanimidad y la bondad, para llegar a ser un auténtico testigo de tu amor.

Lectura de la profecía de Daniel (Dan. 9,4b-10)

¡Ay, mi Señor, Dios grande y terrible, que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandamientos. Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tú, mi Señor, tienes razón y a nosotros nos abruma la vergüenza, tal

como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén, y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos, en todos los países por donde los dispersaste a causa de los delitos que cometieron contra ti. Señor, nos abruma la vergüenza: a nuestros reyes, príncipes y padres, porque hemos pecado contra ti. Pero, mi Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona, aunque nos hemos rebelado contra él. No obedecimos la voz del Señor, nuestro Dios, siguiendo las normas que nos daba por medio de sus siervos, los profetas.

Salmo (Sal 78, 8. 9. 11 y 13)

Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados.

No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres; que tu compasión nos alcance pronto, pues estamos agotados. R.

Socórrenos, Dios, Salvador nuestro, por el honor de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados a causa de tu nombre. R.

Llegue a tu presencia el gemido del cautivo: con tu brazo poderoso, salva a los condenados a muerte. R.

Nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño, te daremos gracias siempre, cantaremos tus alabanzas de generación en generación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 6,36-38)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Releemos el evangelio

Santa Faustina Kowalska (1905-1938)

religiosa

Diario, n° 163 (La Divina Misericordia en mi alma, Editorial Padres Marianos, 4ª edic. autorizada Stockbridge, Massachussets 2001, p. 66-67)

¡Que tu misericordia, Señor, repose dentro de mí!

Cuantas veces respira mi pecho, cuantas veces late mi corazón, cuantas veces pulsa la sangre en mi cuerpo, esa cantidad por mil, es el número de veces que deseo glorificar Tu misericordia, oh Santísima Trinidad.

Deseo transformarme toda en Tu misericordia y ser un vivo reflejo de Ti, oh Señor. Que este más grande atributo de Dios, es decir su insondable misericordia, pase a través de mi corazón al prójimo.

Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla.

Ayúdame a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos.

Ayúdame, oh Señor, a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos.

Ayúdame, oh Señor, a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras para que sepa hacer sólo el bien a mi prójimo y cargue sobre mí las tareas más difíciles y más penosas.

Ayúdame a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio. Mi reposo verdadero está en el servicio a mi prójimo. (...)

Que tu misericordia, oh Señor mío, repose dentro de mí.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Para hacer más concreta su invitación y aplicable al día a día, Jesús propone una primera regla de oro al alcance de todos - “como queráis que la gente se porte con vosotros, de igual manera portaos con ella”- y nos ayuda a descubrir qué es lo más importante de ese trato mutuo: amarnos, ayudarnos y prestar sin esperar nada a cambio. “Amarnos”, nos dice Jesús; y Pablo lo traduce como “revestirnos de sentimientos de misericordia y de bondad”. El mundo desconocía -y sigue sin conocer- la virtud de la misericordia, de la compasión, al matar o abandonar a su suerte a discapacitados y ancianos, eliminar heridos y enfermos, o gozar con los sufrimientos de los animales. Tampoco practicaba la bondad, la amabilidad, que nos mueve a que el bien del prójimo sea tan querido como el propio.»
(Homilía de S.S. Francisco, 6 de septiembre de 2019).

Meditación

Jesús pide en este Evangelio que imitemos la actitud del Padre Celestial. Dios Padre ha caracterizado su relación con nosotros por la misericordia. Él nos ha dado oportunidades cuando le fallamos, Él busca ver lo mejor de cada uno de nosotros, Él conoce nuestras faltas, pero espera nuestra enmienda con total paciencia. Esta actitud es la que Jesús desea que imitemos. Pero no desea que la imitemos como condición para ganar el cielo, sino que Jesús nos pide cambiar de

mentalidad para purificar la mirada que tenemos de Dios porque, muchas veces, creemos que Dios nos mira como nosotros miramos a los demás. Mirar con misericordia nos recuerda que somos mirados con misericordia.

Oración final

Ayúdanos, Dios salvador nuestro,
por amor de la gloria de tu nombre;
líbranos, borra nuestros pecados,
por respeto a tu nombre. (Sal 79,9)

MARTES, 27 DE FEBRERO DE 2024
Los dones de Dios.

Oración introductoria

Señor, quiero encontrarte; solo dame paciencia para esperar tu gracia, sabiduría para verte en donde me muestres tu bondad, entendimiento para comprender lo que me quieres enseñar y fortaleza para vencer con tus fuerzas.

Ayúdame a discernir dónde está tu voluntad, estar abierto a lo que me pidas y que nunca tenga miedo de hacer tu voluntad.

Petición

Jesús, dame tu gracia y la fuerza para vivir siempre de acuerdo a tu Evangelio.

Lectura del libro de Isaías (Is. 1,10.16-20)

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra: «Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscadla justicia, socorred al oprimid, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y discutiremos - dice el Señor -. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana. Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada - ha hablado la boca del Señor -».

Salmo (Sal 49, 8-9. 16bc- 17. 21 y 23)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

No te reprocho tus sacrificios, pues siempre están tus holocaustos ante mí. pero no aceptaré un becerro de tu casa, ni un cabrito de tus rebaños. R.

¿Por qué recitas mis preceptos y tienes siempre en la boca mi alianza, tú que detestas mi enseñanza y te echas a la espalda mis mandatos? R.

Esto haces, ¿y me voy a callar? ¿Crees que soy como tú; Te acusaré, te lo echaré en cara. El que me ofrece acción de gracias, ése me honra; al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 23, 1-12)

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a los discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos:

haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen. Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame “rabbi”. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “rabbi”, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena (1347-1380)

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

Diálogos, c. 4

«El que se humilla será enaltecido»

[Santa Catalina oyó que Dios le decía:] Me pides conocerme y amarme a mí, la Verdad suprema. He aquí el camino para quien quiera llegar a conocerme perfectamente y gustarme, a mí la Verdad eterna: no dejes jamás de conocerte a ti misma, y cuando estés abajada en el valle de la humildad, entonces es en ti que me conocerás. Es en este conocimiento que sacarás todo lo que te falta, todo lo que te es necesario. Ninguna virtud tiene calidad en sí misma si no la saca de la caridad; ahora bien, la humildad es la que alimenta y gobierna a la caridad. En el conocimiento de ti misma llegarás a ser humilde, puesto que verás que tú, por ti misma, no eres nada y que tu ser viene de mí puesto que os he amado antes de que existierais. Es

a causa de este amor inefable que siento por vosotros que, queriéndoos recrear de nuevo por la gracia, os he lavado y recreado en la sangre que mi Hijo único derramó con un fuego de amor tan grande.

Sólo esta sangre, ella sola, hace conocer la verdad a aquel que ha disipado la nube del amor propio a través de este conocimiento de sí mismo. Es entonces cuando en este conocimiento de mí, el alma se abrasa con un amor inefable, y es a causa de este amor que experimenta un dolor continuo. No un amor que la aflige y la deja seca (lejos de eso, puesto que, bien al contrario, es fecunda) sino porque habiendo conocido mi verdad, sus propias faltas, la ingratitud y ceguera del prójimo, siente por todo ello, un dolor intolerable. Su aflicción es debida a su amor para conmigo, porque si no me amara no se afligiría.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hay un hombre que era bueno, un buen fariseo, pero que había olvidado el don de la cortesía, el don de la convivencia, que también es un don. Siempre se olvidan los dones cuando hay algún interés detrás, cuando yo quiero hacer esto, hacer, hacer. Sí, los sacerdotes, todos nosotros, debemos hacer cosas y la primera tarea es proclamar el Evangelio, pero debemos custodiar el centro, la fuente, de donde brota esta misión, que es precisamente el don que hemos recibido gratuitamente del Señor.» *(Homilía de S.S. Francisco, 19 de septiembre de 2019).*

Meditación

Los dones no se entienden si se ignora su origen; no pueden comprenderse si no encontramos la razón por lo cual se nos han dado. Necesitamos reconocer la fuente de nuestros dones para no pensar

que son méritos propios y que, de esta forma, surja en nosotros el peligro de creer que los frutos se dan por nuestras propias fuerzas. Los dones no se alcanzan, sino que se donan gratuitamente. No importa si somos dignos y tampoco se niegan por nuestras debilidades e imperfecciones. Son un regalo que se da desinteresadamente.

Además, los dones se nos dan por una razón; tienen un fin, una meta, un objetivo concreto. Un don tiende normalmente a salir de nosotros para dar verdaderos frutos. Nuestros dones pueden ahogarse si permanecen en nuestro interior. Es por esto por lo que un don encuentra su cumplimiento en los demás, pues, para que el don llegue a su plenitud, debe alcanzar el fin para el cual está hecho. Nuestros dones encuentran su cumplimiento en los que nos rodean.

En el Evangelio vemos tres dones que muestran claramente que su origen va más allá de nuestras propias fuerzas y, al mismo tiempo, descubrimos que estos dones exigen salir de nosotros para que den fruto en los demás. Ser padre, ser maestro, ser guía... son tres dones que tanto su origen como su fin rompen con una vida aislada y encerrada. Uno no puede ser un verdadero padre, maestro o guía con las propias fuerzas; solo Uno es aquel que posee estos tres dones en plenitud y, por eso, solo Él está en grado de transmitir los dones de la forma más pura.

Ahora bien, cuando recibimos un don se nos da una misión de cara a los demás. Por lo tanto, podemos entender que la paternidad consiste principalmente en transmitir la vida y no solo transmitir la vida a un nivel biológico, sino, sobre todo, espiritual. El maestro buscará transmitir sus conocimientos, pero el conocimiento puede mostrar desde las realidades humanas hasta la realidad celestial. El guía quiere transmitir una experiencia; él conoce el camino y sabe que es largo y complicado, pero siempre señala que hay una sola meta.

Transmitir... nunca se deja de transmitir lo que se ha recibido. Un don significa ser un canal de la gracia en donde acogemos con gratitud y comunicamos con desinterés. No ignoremos el origen, no olvidemos la fuente. Si somos conscientes de esto podremos dar lo que tenemos, no como si lo hubiésemos alcanzado nosotros mismo, sino como aquello que se nos ha sido donado.

Oración final

"Me honra quien sacrifica dándome gracias,
al que es recto le haré ver la salvación de Dios." (Sal 50,23)

MIÉRCOLES, 28 DE FEBRERO DE 2024
Determinación.

Oración introductoria

Ven, Espíritu Santificador, y lléname con tu gracia. Dame la gracia de encontrarme con tu amor y con tu paz.

Derrama sobre mí tus siete dones y aumenta mi fe, mi esperanza y mi caridad. Mi fe, para poder creer más en Ti y en tu amor. Mi esperanza, para confiar en Ti, sabiendo que después de la cruz viene la resurrección.

Mi caridad, para amarte con pasión y amar a los demás tal y como Tú me lo pides. Amén.

Petición

Te suplico, Jesús, que nunca permitas que sea indiferente a tus innumerables muestras de amor.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 18, 18 20)

Ellos dijeron: «Venga, tramemos un plan contra Jeremías, porque no falta la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni el oráculo del profeta. Venga vamos a hablar mal de él y no hagamos caso de sus oráculos». Hazme caso, Señor, escucha lo que dicen mis oponentes. ¿Se paga el bien con el mal?, ipues me han cavado una fosa! Recuerda que estuve ante ti, pidiendo clemencia por ellos, para apartar tu cólera.

Salmo (Sal 30, 5 6. 14. 15 16)

Sálvame, Señor, por tu misericordia.

Sácame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás, R.

Oigo el cuchicheo de la gente, y todo me da miedo; se conjuran contra mí y traman quitarme la vida. R.

Pero yo confío en ti, Señor, te digo: «Tú eres mi Dios.» En tu mano están mis azares: líbrame de mis enemigos que me persiguen. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 20, 17- 28)

En aquel tiempo, subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará». Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó:

«¿Qué deseas?». Ella contestó: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» Pero Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» Contestaron: «Lo somos.» Él les dijo: «Mi cáliz lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre». Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos. Y llamándolos, Jesús les dijo: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Discurso sobre los Salmos, Sal. 121

“Mirad, estamos subiendo a Jerusalén”

En los “Salmos de las subidas” el salmista suspira por Jerusalén y dice que quiere subir a la ciudad santa. ¿Dónde quiere subir? ¿Desea llegar al sol, a la luna, a las estrellas? No. La Jerusalén celeste está en el cielo, allí donde habitan los ángeles, nuestros conciudadanos (Hb 12,22). En esta tierra estamos en exilio, lejos de ellos. En el camino del exilio, suspiramos; en la ciudad exultaremos de gozo.

A lo largo de nuestro viaje encontramos compañeros que ya han visto esta ciudad y nos animan a correr hacia ella. Han provocado que el salmista lance un grito de alegría: “Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor” (Sal. 121,1)... “Iremos a la casa del Señor”: corramos pues, corramos puesto que llegaremos a la casa del Señor.

Corramos sin cansarnos; allí no hay cansancio. Corramos hacia la casa del Señor y exultemos de gozo con los que nos han llamado a ir allá, aquellos que han sido los primeros en contemplar nuestra patria. Y de lejos gritan a los que les siguen: “¡Iremos a la casa del Señor; caminad, corred!” Los apóstoles han visto ya esta casa y nos llaman: “¡Corred, caminad, seguidnos! ¡Iremos a la casa del Señor!”

¿Y, qué es lo que responde cada uno de nosotros? “Me alegro por lo que me han dicho: Iremos a la casa del Señor”. Me he alegrado en los profetas, me ha alegrado en los apóstoles, porque todos nos han dicho: “Vamos a la casa del Señor”.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, después de haber escuchado a Santiago y Juan, no se alteró, no se enojó. Su paciencia fue verdaderamente infinita. También con nosotros tuvo, tiene y tendrá paciencia. Y les respondió: «No sabéis lo que pedís» (v. 38). Los disculpó, en cierto sentido, pero al mismo tiempo también los acusó: “Ustedes no se dan cuenta de que se salieron del camino”. En efecto, inmediatamente después fueron los otros diez apóstoles los que demostraron, con su actitud de indignación hacia los hijos de Zebedeo, que todos estaban tentados de salirse del camino. Queridos hermanos: Todos nosotros queremos a Jesús, todos deseamos seguirlo, pero tenemos que estar siempre vigilantes para permanecer en su camino. Porque con los pies, con el cuerpo podemos estar con Él, pero nuestro corazón puede estar lejos y llevarnos fuera del camino.» *(Homilía de S.S. Francisco, 28 de noviembre de 2020).*

Meditación

El día de hoy vemos cómo Jesús va subiendo a Jerusalén. No lo hace de cualquier manera, lo hace con determinación; sabe muy bien

a dónde va, sabe cuál es su meta y no se va a cansar hasta llegar a ella. Él sabe muy bien lo que le va a suceder y se lo cuenta a sus discípulos, va a morir. Jesús, el Rey de reyes y el Señor de señores va a morir por sus discípulos, va a morir por cada uno de nosotros. ¿Qué significa esto?, ¿qué es eso de que Él va a morir por nosotros?, ¿por qué lo va a hacer? Puede que la respuesta suene muy cliché, pero lo va a hacer por amor, para redimirnos, para limpiarnos de nuestro pecado y llevarnos junto con Él, a los brazos del Padre.

Esta cuaresma, ha servido para ver hacia dónde estaban dirigidos nuestros corazones. Sabemos que el de Jesús va dirigido hacia Jerusalén para morir por nosotros. ¿Dónde está tu corazón?, ¿hacia dónde se está dirigiendo? Como seres humanos que somos, con nuestra naturaleza caída, nuestros corazones se desvían y nos van alejando poco a poco de nuestra meta. No dejemos que esto suceda. Dirijamos nuestra mirada a Jesucristo, al Padre y al Espíritu que nos aman con inmenso amor. Si estos momentos son difíciles, debemos preguntarnos: ¿no fue difícil para Cristo dirigirse hacia Jerusalén? ¡Claro que fue difícil! Sin embargo, Jesús tenía su esperanza encendida, una esperanza que ardía y que lo movió hacia la cruz, sabiendo que después, estaría a la derecha del Padre, el lugar que a Él le corresponde, el lugar desde donde nos sirve con amor para que nosotros, tú y yo, vayamos y estemos con Él, gozando eternamente de su gloria.

Oración final

Sácame de la red que me han tendido,
pues tú eres mi refugio;
en tus manos abandono mi vida
y me libras, Yahvé, Dios fiel. (Sal 31,5-6)

Oración introductoria

Señor, te agradezco por permitirme iniciar un nuevo día. Hoy deseo estar junto a Ti, anhelo entrar en tu presencia santísima. Ayúdame a escucharte a través de tu Palabra y que pueda, a lo largo de mí día, darte gloria y acercar a mis hermanos y hermanas a Ti.

Petición

Jesús, que seas Tú el centro de esta oración.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 17, 5-10)

Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto. Nada hay más falso y enfermo que el corazón: ¿quién lo conoce? Yo, el Señor, examino el corazón, sondeo el corazón de los hombres para pagar a cada cual su conducta según el fruto de sus acciones».

Salmo (Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. R.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. R.

No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 16,19-31)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le dijo: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros.” Él dijo: “Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento”. Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los

profetas; que los escuchen”. Pero él le dijo: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán.” Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto.”»

Releemos el evangelio

San Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Salmo 36 (Méditations sur les psaumes, Nouvelle Cité, 2002), trad. sc@evangelizo.org

La semilla de una alegría eterna

“Un poco más, y el impío ya no existirá; si buscas su casa, ya no estará; pero los humildes poseerán la tierra y gozarán de una gran felicidad” (Sal 37,10-11).

Todo este salmo es el desarrollo admirable de este pensamiento: hay tristezas sobre la tierra para los justos, pero esas tristezas son la semilla de una alegría eterna. ¡Que esperen y se consuelen y agradezcan a Dios! Se guarden de tener envidia a los mundanos alegres, que esperan a la puerta de una eternidad de tristes tormentos. Pobre Lázaro, no envidies al rico que se regocija y come espléndidamente. ¡Eres tú el feliz! (...) No envidiemos a los mundanos, con sus regocijos y prosperidades... no son ellos los felices. Los felices son los que tienen a Dios por Señor, que no viven para placeres, riquezas, honores, amos, afectos sólo humanos, terrenos. ¡Felices los que viven para Dios sólo y tienen la mirada únicamente en él! Él, que reina perfectamente, como soberano Señor, gobierna todo en un reino perfectamente sometido.

Demos gracias a Dios por nuestra felicidad. Dios nos ha amado con un amor eterno y por eso en su misericordia nos atrae a él.

Amemos mismo nuestras tristezas, ellas son marca de nuestra separación del mundo. Ofrezcámoslas a Dios, pidiéndole hacer de nosotros lo que desea.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Lázaro, que reposa delante a la puerta, es una llamada viviente al rico para recordarse de Dios, pero el rico no acoge tal llamado. Será condenado por lo tanto no por sus riquezas, sino por haber sido incapaz de sentir compasión por Lázaro y socorrerlo... Hasta que Lázaro estaba bajo su casa, para el rico había posibilidad de salvación, abrir la puerta, ayudar a Lázaro, pero ahora que ambos están muertos, la situación se ha transformado en irreparable. Dios no es nunca llamado directamente en causa, pero la parábola pone claramente en guardia: la misericordia de Dios hacia nosotros está vinculada a nuestra misericordia hacia el prójimo; cuando falta esta, también aquella no encuentra espacio en nuestro corazón cerrado, no puede entrar. Si yo no abro la puerta de mi corazón al pobre, aquella puerta permanece cerrada, también para Dios, y esto es terrible.» *(Catequesis de S.S. Francisco, 18 de mayo 2016).*

Meditación

Hoy el Señor nos propone el pasaje del pobre Lázaro, quien, a pesar de su pobreza, se ganó la entrada al Cielo. Y eso no significa que el rico se condenó por ser rico, sino que, distraído en sus lujos, ni se percató de que Lázaro yacía enfermo y con hambre en la entrada de su casa. Jesús nos invita a que abramos los ojos y percibamos a aquellos que nos rodean, nuestros hermanos y hermanas. Jesús nos pide que le reconozcamos a Él en ellos y ellas. En ese que necesita pan, en esa que no tiene un techo donde cobijarse, también en aquél que no se da cuenta que puede hacer el bien.

Jesús no nos pide ingentes renunciaciones, no nos dice que nos dejemos llevar por el descuido y abandono, sino que, en la sencillez de nuestra vida, reflejemos su amor. Nos pide que seamos espejos de su misericordia. Nos aconseja que hagamos esos pequeños actos de amor por los demás que nadie más va a ver, sino sólo Él. Incluso con un «buenos días» o un «Dios te bendiga» podemos ser espejos de ese inmenso amor de Dios. Lo importante es nuestra disposición. Es bueno que hagamos estos actos de amor, con la conciencia de que queremos dar gloria a Dios y sólo a Él.

Oración final

Dichoso el que rechaza el consejo de los malvados
y no se detiene en la senda que pisan los pecadores,
ni se sienta en compañía de los cínicos,
sino que se deleita en la ley de Yahvé
y medita en su ley de día y de noche. (Sal 1, 1-2)

VIERNES, 01 DE MARZO DE 2024

La piedra angular

Oración introductoria

Señor, Dios mío. Dame tu luz para verte en mi vida.

Petición

Dios mío, que sepa custodiar, hacer rendir y ofrecerte todos los dones que me has dado.

Lectura del libro del Génesis (Gén. 37. 3-4.12-13a. 17b-28)

Israel amaba a José más que a todos los otros hijos, porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica con mangas. Al ver sus hermanos que su padre lo prefería a los demás, empezaron a odiarlo y le negaban el saludo. Sus hermanos trashumaron a Siquén con los rebaños de su padre. Israel dijo a José: «Tus hermanos deben estar con los rebaños en Siquén; ven, que te voy a mandar donde están ellos». José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. Ellos lo vieron desde lejos y antes de que se acercara, maquinaron su muerte. Se decían unos a otros: «Ahí viene el soñador. Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe; luego diremos que una fiera lo ha devorado; veremos en que paran sus sueños». Oyó esto Rubén, e intentando salvarlo de sus manos, dijo: «No le quitemos la vida» Y añadió: «No derramáis sangre; echadlo en este aljibe, aquí en la estepa; pero no pongáis las manos en él» Lo decía para librarlo de sus manos y devolverlo a su padre. Cuando llegó José al lugar donde estaban sus hermanos, lo sujetaron, le quitaron la túnica con mangas que llevaba puesta, lo cogieron y lo echaron en un pozo. El pozo estaba vacío, sin agua. Luego se sentaron a comer y al levantar la vista, vieron una caravana de ismaelitas que transportaban en camellos goma, bálsamo y resina de Galaad a Egipto. Judá. propuso a sus hermanos: «¿Qué sacaremos con matar a nuestro hermano y con tapar su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas y no pongamos nuestras manos en él, que al fin es hermano nuestro y carne nuestra» Los hermanos aceptaron. Al pasar unos comerciantes madianitas, tiraron de su hermano, lo sacaron del pozo, lo vendieron a los ismaelitas por veinte monedas de plata. Estos se llevaron a José a Egipto.

Salmo (Sal 104, 16-17. 18-19. 20-21)

Recordad las maravillas que hizo el Señor.

Llamó al hambre sobre aquella tierra: cortando el sustento de pan; por delante había enviado a un hombre, a José, vendido como esclavo. R.

Le trabaron los pies con grillos, le metieron el cuello en la argolla, hasta que se cumplió su predicción, y la palabra del Señor lo acreditó. R.

El rey lo mandó desatar, el señor de pueblos le abrió la prisión, lo nombró administrador de su casa, señor de todas sus posesiones. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo

(Mt. 21, 33-43. 45-46)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo, diciéndose: «Tendrán respeto a mi hijo». Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: «Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia.» Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?». Le contestaron: «Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos». Y Jesús les dice: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente»? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que

produzca sus frutos». Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y, aunque intentaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Tratado sobre el evangelio de Lucas 9, 29-30

La parábola de la viña

La viña es la figura del pueblo de Dios, porque, injertado sobre la vid eterna se levanta por encima de toda la tierra. Brote de un suelo ingrato, brota y florece, se reviste de verdor, pareciéndose al yugo de la cruz cuando sus pámpanos se extienden como brazos fecundos de una viña hermosa... Con razón se llama al pueblo de Cristo la viña del Señor, sea porque está marcado con el signo de la cruz (Ez 9,4), sea porque se recoge de él los frutos en la última estación del año, sea porque como los renglones de la viña, pobres y ricos, humildes y poderosos, siervos y amos, todos en la Iglesia tienen una igualdad perfecta...

Cuando se ata la viña, ella se reconduce; cuando se la poda, no es para dañarla sino para hacerla crecer. Lo mismo pasa con el pueblo santo; atándolo se hace libre; humillado se vuelve a levantar; recortado recibe una corona. Mejor aún: igual que el brote, cogido de un árbol viejo, es injertado sobre otra raíz, asimismo el pueblo santo... alimentado en el árbol de la cruz... se desarrolla. Y el Espíritu Santo, esparcido en los surcos de una viña, se derrama en nuestro cuerpo, lavando todo lo impuro y levantando nuestros miembros para dirigirlos hacia el cielo.

Esta viña es expurgada por el viñador, es ligada, podada (Jn 15,2) ... A veces quema con el sol los secretos de nuestro cuerpo, a veces nos riega con su lluvia. El viñador quiere expurgar la viña para que las zarzas no perjudiquen a los brotes tiernos, vela para que las hojas no hagan demasiada sombra...no priva nuestras virtudes de luz, y no impide la maduración de nuestros frutos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Con esta dura parábola, Jesús pone a sus interlocutores frente a su responsabilidad, y lo hace con extrema claridad. Pero no pensemos que esta advertencia valga solamente para los que rechazaron a Jesús en aquella época. Vale para todos los tiempos, incluido el nuestro. También hoy Dios espera los frutos de su viña de aquellos que ha enviado a trabajar en ella. A todos nosotros. En cada época, los que tienen autoridad, cualquier autoridad, incluso en la Iglesia, en el pueblo de Dios pueden sentir la tentación de seguir su propio interés en lugar del de Dios. Y Jesús dice que la verdadera autoridad se cumple cuando se presta servicio, está en servir, no en explotar a los demás. La viña es del Señor, no nuestra. La autoridad es un servicio, y como tal debe ser ejercida, para el bien de todos y para la difusión del Evangelio. Es muy feo cuando en la Iglesia se ve que las personas que tienen autoridad buscan el propio interés.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 4 de octubre de 2020*).

Meditación

¿Cuál es la concepción que tenemos de las reacciones de Dios? En el Evangelio, Jesús propone una parábola que desconcierta a los fariseos y los escribas. El propietario manda primero a sus siervos a pedir la ración de la cosecha que le correspondía. Primeramente, la reacción de los viñadores nos sorprende, al igual que la reacción del propietario. El propietario llega tan lejos que incluso manda a su hijo

pensando que le respetarían. Los viñadores deciden matarlo. Entonces, ¿qué hace el propietario?

La mayoría de nosotros respondería como los escribas: «Ellos le respondieron: “Dará muerte terrible a esos desalmados y arrendará el viñedo a otros viñadores, que le entreguen los frutos a su tiempo», Pero Dios no actúa así. Dios cambia el juego y les hace ver que, aunque comentan el peor pecado del universo, la piedra que desechan los constructores se convierte en la piedra angular.

¿Cuál es esta piedra que han desechado los constructores en tu vida? Tal vez es un error que cometiste hace mucho tiempo, tal vez es un defecto del que te avergüenzas incluso ahora. ¿Se lo has entregado ya al Señor? Y si lo has hecho, ¿te has dado cuenta de cómo se ha convertido esta piedra en motivo de victoria? Te invito a revisar esto en tu vida y darle gracias a Dios por ese regalo. También puedes pedirle luz si todavía no encuentras su mano en tu vida.

Oración final

Arda en nuestros corazones,
oh Padre, la misma fe que empujó a Abrahám
a vivir sobre la tierra como peregrino,
y no se apague nuestra lámpara,
para que vigilantes en espera de tu hora
seamos conducidos por ti a la patria eterna *(Colecta del domingo 19 C)*.

Oración introductoria

Dios y Padre mío en esta oración quiero contemplar tu corazón de Padre pródigo que se derrama en amor y generosidad conmigo. Este pasaje evangélico, esta palabra viva siempre es una gran enseñanza para mí. Quiero en mi oración, dejar que me hables, dejarme interpelar por ti.

Petición

Señor, ayúdame a alejarme de toda forma de pecado para volver a Ti cada día, como lo hizo el hijo pródigo.

Lectura de la profecía de Miqueas (Miq. 7, 14-15. 18-20)

Pastorea a tu pueblo, Señor, con tu cayado, al rebaño de tu heredad, que anda solo en la espesura, en medio del bosque; que se apaciente como antes en Basán y Galaad. Como cuando saliste de Egipto les hará ver prodigios. ¿Qué Dios hay como tú, capaz de perdonar el pecado, de pasar por alto la falta del resto de tu heredad? No conserva para siempre su cólera, pues le gusta la misericordia. Volverá a compadecerse de nosotros, destrozará nuestras culpas, arrojará nuestros pecados a lo hondo del mar. Concederás a Jacob tu fidelidad y a Abrahán tu bondad como antaño prometiste a nuestros padres.

Salmo (Sal 102, 1bc-2. 3-4. 9-10. 11-12)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R.

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa, y te colma de gracia y de ternura. R.

No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. R.

Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre los que lo temen; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 15, 1-3.11-32)

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros». Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio

y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus criados: «Sacad en seguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado». Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: «Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud «Él se indignó y no quería entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: «Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.» El padre le dijo: «Hijo, tú estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado».

Releemos el evangelio

Talasio Líbico y Africano

higúmeno en Libia

Filocalia, Centurias III, 100 ((Philocalie des Pères neptiques, Chapitres sur la prière, DDB-Lattès, 1995), trad. sc@evangelizo.org

Has venido a salvarnos, estábamos perdidos

Señor de todo, Cristo, líbranos de todos esos males, de las pasiones que nos destruyen y de los pensamientos nacidos de las pasiones.

Gracias a ti fuimos creados, con el fin de gozar de las delicias del jardín del Paraíso por ti plantado.

Hemos hecho venir sobre nosotros el deshonor presente, porque a las bienaventuradas delicias hemos preferido la ruina de la que recibimos la retribución, hemos cambiado la vida eterna por la muerte.

Ahora entonces, Señor, como nos has mirado, míranos al final. Ya que te has hecho hombre, sálvanos a todos.

Has venido a salvarnos, estábamos perdidos. No nos apartes de la parte de los salvados.

Resucita las almas y salva los cuerpos, purifícanos de toda mancha.

Rompe las ligaduras de las pasiones que nos atan, tú, que has roto los dedos de los demonios impuros.

Libranos de su tiranía, para que podamos servirte sólo a ti, Luz eterna, resucitados de los muertos y con los ángeles, danzando la bienaventurada ronda, eterna e indisoluble. Amén

Palabras del Santo Padre Francisco

«El relato nos hace ver algunas características de este padre: es un hombre siempre preparado para perdonar y que espera contra toda esperanza. Sorprende sobre todo su tolerancia ante la decisión del hijo más joven de irse de casa: podría haberse opuesto, sabiendo que todavía es inmaduro, un muchacho joven, o buscar algún abogado para no darle la herencia ya que todavía estaba vivo. Sin embargo, le permite marchar, aun previendo los posibles riesgos. Así actúa Dios

con nosotros: nos deja libres, también para equivocarnos, porque al crearnos nos ha hecho el gran regalo de la libertad. Nos toca a nosotros hacer un buen uso. ¡Este regalo de la libertad que nos da Dios, me sorprende siempre!». (S.S. Francisco, *Ángelus del 6 de marzo de 2016*).

Meditación

Padre mío, en esta ocasión quiero centrar mi mirada en ti como Padre que te prodigas generosamente a tus dos hijos y los amas a cada uno y los acoges con paciencia esperando que puedan libremente ir por el buen camino.

Tu corazón primero que nada se entristece cuando tu hijo menor te pide la parte de su herencia. El padre normalmente hereda cuando ya no está con ellos. Tú, sin embargo, no recriminas; no te enfadas, no te molestas. Te duele el corazón, te preocupa que este hijo tuyo quiera irse de tu casa donde goza de todo lo que necesita y más. Sin embargo, le has dado una libertad, le dejas que tome su camino como así él lo desea. No parece que haya una discusión con él, no le preguntas a dónde se va, con quien va. El hijo se va a un país lejano.

Vives esta pérdida, este duelo; no sabes dónde está, con quien está; qué anda haciendo. Te queda rezar por él. Esperarlo. Y así lo haces. Por eso cuando él regresa te alegras tanto. Te conmueves, corres, te echas al cuello de tu hijo, lo besas.

Y luego haces una fiesta, consideras que tu hijo ha vuelto a la vida, porque has vuelto a encontrar a tu hijo.

Cuánto me alegra, Padre mío, contemplar esta parábola donde me enseñas que Tú me dejas en libertad para escoger los caminos, que vas conmigo; y que si algún día me aparto de ti o ando apartado de

ti; me esperas, rezas por mí, me esperas. Me vuelves a dar vida. Puede pasar lo que sea, Tú me recibes.

Quiero, Padre, saber usar mi libertad, no siempre me siento firme para lograr serte fiel, amarte sin debilidades. Gracias por ser misericordioso, gracias por prodigarte en amor.

Tienes un corazón bueno con todos tus hijos, también con el hijo mayor. También a él lo escuchas con paciencia, dejas que se desahogue; te juzga, te regaña porque eres bueno y misericordioso con tu hijo menor. Se niega a entrar al festejo, a alegrarse de que acojas y perdones.

Te pido, Padre amoroso, que también me des a mí un corazón misericordioso como el tuyo que acoge, perdona, no juzga; espera, ora por todos, que hace fiesta cuando alguien vuelve a ti y te pide perdón.

Oración final

Bendice, alma mía, a Yahvé,
el fondo de mi ser, a su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Yahvé,
nunca olvides sus beneficios. (Sal 103,1-2)